

§ 101.

Algunas observaciones para comprender la narración del Génesis.

1. Para comprender debidamente la descripción bíblica de la actividad creadora de Dios (la Obra de los seis días, hexaëmeron), conviene tener en cuenta que toda la Sagrada Escritura es una obra inspirada (cfr. § 14), pero que no pretende comunicarnos *conocimientos científicos*, sino las cosas que se relacionan con los planes salutíferos de Dios con nosotros. Las constataciones científicas de la Biblia no deben ser consideradas como enseñanzas sobre problemas de Física o Historia Natural, sino como el cuerpo, es decir, como revestimiento del contenido revelado. Pertenecen, por tanto, a la forma de expresión literaria. Los escritores sagrados tuvieron que servirse de una forma que pudiese ser comprendida por sus contemporáneos. Por consiguiente, al referirse a cosas o fenómenos de la naturaleza que habían de constituir, como el cuerpo, o el revestimiento de los contenidos religiosos que pretendían comunicar, tuvieron que servirse del lenguaje e ideas de su tiempo. La palabra de Dios, si ha de ser comprendida por el hombre, tiene que manifestarse bajo las formas de intuición y pensamiento de una determinada situación histórica.

Los hagiógrafos, lo mismo que los antiguos escritores eclesiásticos, tuvieron que servirse de la *cosmología antigua* al atestiguar el origen divino del mundo. *Este testimonio en cuanto tal no depende de aquella cosmología*. Por eso no ha perdido nada de su valor después que han sido superadas las ideas cosmológicas de la antigüedad. Cualquiera que sea el modo de concebir el mundo, ya se trate de la cosmología de los antiguos o de la ciencia moderna tal como ha sido representada por Galileo, Kepler, Newton, Planck, Einstein, Heisenberg, etc., lo cierto es que el mundo ha sido creado por Dios.

El hecho de que los sagrados escritores se hayan servido de las ideas cosmológicas de su tiempo para dar testimonio de la actividad creadora de Dios no se opone de ningún modo a la inspiración de la Sagrada Escritura, como quedó demostrado en la "Introducción". La inspiración sólo exige que la forma de expresión

se sirva de los medios adecuados para manifestar el contenido religioso que ha de ser revelado, careciendo de toda importancia el que el modo de expresión corresponda o no a las exigencias rigurosas de las Ciencias Naturales (§§ 13-15). También hoy día hablamos de la salida y puesta del sol para expresar determinadas experiencias cotidianas. Nadie considerará como falso tal modo de expresarse, aunque no esté de acuerdo con las enseñanzas científicas, que nos dicen que la Tierra gira en torno del Sol. La nomenclatura científica no es definitiva y tampoco es la única posible. Junto a ella, y en parte por encima de ella, se halla el modo de hablar de que nos servimos para expresar la relación entre las cosas y el hombre. El hagiógrafo selecciona de entre las realidades visibles aquellas que tienen más importancia para la vida de los hombres (la luz, el sol, las estrellas, la madre tierra...), en las cuales el Universo está como representado y condensado. La selección, pues, es hecha con un criterio antropológico más bien que cosmológico.

En casos determinados es difícil señalar dónde se halla el límite entre el modo de expresión y el contenido que ha de ser expresado. La definición de ese límite incumbe al Magisterio eclesiástico.

El escritor sagrado, al hablar de la obra de los seis días, sólo pretende anunciarnos que Dios es el creador de todas las cosas. Para expresar de un modo vivo el hecho de la creación, con toda su amplitud e importancia trascendental, contempla todas las cosas que se hallan en el campo de sus experiencias, que eran también las de sus contemporáneos, y afirma que todas ellas vienen de Dios. Con ello no se propone el orden y sucesión con que aparecieron las cosas.

La afirmación de que la creación tuvo lugar en seis días, tiene un *fundamento litúrgico*, como expondremos detalladamente más abajo.

2. Al afirmar que la obra de los seis días es un esquema literario, lo hacemos dejándonos guiar menos por consideraciones científicas que por reflexiones teológicas. Tendría sabor de blasfemia el pensar que Dios, al crear al hombre, ha empleado los procedimientos de un alfarero. Si la Teología ha abandonado la interpretación literal comúnmente defendida en la Antigüedad y Edad Media (aunque no fuese la única), lo ha hecho guiada por su principio fundamental de que la Biblia no pretende comunicarnos cono-

cimientos científicos, sino que está al servicio de nuestra Salvación. Los conocimientos de las Ciencias Naturales de la Epoca Moderna han jugado un papel importante sólo en lo que se refiere a la aplicación de ese principio fundamental.

3. Por lo que se refiere a las ideas de los *Santos Padres*, tiene razón Santo Tomás cuando afirma que están todos de acuerdo en cuanto al hecho de la creación, no en cuanto al modo cómo se realizó.

El *Handbuch der religiösen Gegenwartsfragen*, editado por el arzobispo Conrad Gröber cree poder explicar el problema que aquí nos interesa de la siguiente manera (págs. 266-70): "Más bien debemos figurarnos el hecho de la inspiración de la siguiente manera: El Espíritu de Dios produce directamente en el espíritu del hombre una impresión carente de palabras y conceptos... El espíritu humano inspirado por el Espíritu de Dios elabora esta impresión de un modo humano, es decir, con las facultades de su alma dependientes en su actividad de la cooperación del cerebro. La elabora no sólo lógica y conceptualmente, es decir, no sólo con el entendimiento, sino con todas sus facultades psíquicas, con su memoria, su imaginación, su modo de sentir, en suma, de un modo completamente personal. Esta impresión producida por Dios es a veces tan fuerte, sobre todo en los profetas, que el autor correspondiente se halla en un estado de extrema excitación. Es cierto, no obstante, que también esa elaboración se realiza bajo la influencia continua del Espíritu Santo. De todo ello resulta que el autor expresa por medio de ideas, conceptos y sentimientos humanos lo que Dios quiere comunicar a los hombres y ha inspirado al autor, estando determinada la expresión de éste por las posibilidades del entendimiento y lenguaje humanos. Por ejemplo, cuando Dios quiere revelar al pueblo de Israel por medio del profeta Ezequiel cuán terrible sea el pecado de su apostasía, hace que surjan en el alma del profeta, del modo indicado, imágenes que corresponden al modo de sentir del profeta y del tiempo en que éste vivió: la imagen de la niña abandonada que crece hasta convertirse en una hermosa doncella y celebra con Dios los esponsales en el desierto (cap. 16), o la imagen de la adúltera (*loc. cit.*) que como una prostituta se ofrece a todos los que pasan junto a ella. Estos pensamientos e imágenes hacen resonar en el alma del profeta toda la escala de los sentimientos humanos, desde la misericordia más profunda hasta las más bruscas explosiones de ira, desde el más tierno galanteo hasta el más cruel sarcasmo. Dios, que es un ser espiritual, eterno y perfecto, no puede sentir nostalgia de amor, ni encolerizarse, ni expresar su desengaño con mordaz ironía. Pero al hacer que el profeta sienta y exprese estas cosas manifiesta a su pueblo mediante su propio lenguaje que ha sido injuriado, aludiendo a lo que sentiría si pudiese sentir y pensar de un modo humano.

La inspiración no es, pues, lo mismo que la revelación. Con frecuencia la inspiración contiene verdades reveladas, pero no es siempre revelación. A menudo el Espíritu Santo incita al autor sagrado para que escriba cosas que ha llegado a conocer por vía natural, por ejemplo, mediante

narraciones históricas. Sería absurdo esperar que el Espíritu Santo, en asuntos del saber profano y que carecen de importancia religiosa, revele al autor cosas y le comunique conocimientos que no corresponden al estado de la ciencia de su tiempo y cuyo descubrimiento está reservado para la investigación de algunos milenios más tarde. En lo que a esto se refiere, Dios permite que el hombre se exprese según corresponde al estado de los conocimientos de su tiempo ("El sol se quedó parado", *Jos.* 10, 13), sin revelarles que esos conocimientos pueden ser objetivamente falsos.

Lo que acabamos de exponer se refiere no solamente a las ciencias físiconaturales. Con frecuencia vemos que en los libros históricos el autor sagrado, nombrando o no las fuentes, introduce en su relato narraciones transmitidas en parte por escrito, en parte oralmente (en el último caso tenemos la *citatio implicita*), sin llamar la atención sobre su deficiencia o posibles inexactitudes (véase, por ejemplo, el registro de las generaciones en *Gen.* 5). El Espíritu Santo no le ha revelado el verdadero estado de cosas porque se trataba de cosas sin importancia alguna para la concepción religiosa total. En efecto, la finalidad de la Sagrada Escritura es meramente religiosa y no profana. Asimismo encontramos con frecuencia en el AT, sobre todo en los libros más antiguos, narraciones que contienen un elemento histórico y de importancia para la religión, pero que son relatadas por el autor en el estilo poético del Oriente o que existían ya de antemano bajo la forma de narraciones poéticas. La lectura atenta de tales narraciones nos permitirá deducir el verdadero sentido a partir del modo de expresión. En caso de pensar que ciertas narraciones históricas deben entenderse en sentido literal, llegaríamos a formarnos ideas bien poco dogmáticas e indignas de Dios. Ya San Agustín ha llamado nuestra atención sobre este punto (*De genesi ad litteram* 6, 12): Dios, dice él, no amasa el cuerpo con manos humanas y sirviéndose del lodo, como lo hacen los niños que en invierno construyen figuras con la nieve, insuflándole luego la vida por las narices. Dios tampoco trabaja durante seis días como lo hacen los hombres, para descansar el día séptimo. Dios ni siquiera trabaja, sino que lo crea todo por medio de su palabra todopoderosa e inmanente, cuya eficacia es de tal modo infinita que sus efectos aparecen en el orden de la existencia, sin que por eso surgiese una relación real entre el operante y lo operado. De ahí se deduce que la historia de la creación es, por ejemplo, una narración acomodada al modo de trabajar del hombre, destinada a explicar a los hijos de Israel que todo lo que existe, aun las cosas consideradas como dioses por los egipcios y otros paganos, el sol, y las estrellas, y el mar, y el Nilo son criaturas del Dios verdadero y eterno; que han sido creadas de la nada por su palabra omnipotente. Del mismo modo deben ser interpretados los capítulos siguientes, que tratan de la historia primitiva de la Humanidad: Un fondo indudablemente histórico ha sido descrito de un modo popular, debiendo tener aquí en cuenta que este modo de descripción contiene bajo forma simbólica verdades humanas y teológicas. La exactitud de nuestra afirmación la confirma el colorido de las correspondientes narraciones que pertenecen a una época cultural totalmente distinta.

Del mismo modo, podemos y debemos pensar que son narraciones legendariamente matizadas no sólo todas aquellas cosas cuya interpretación rigurosamente histórica nos pondría en contradicción con hechos históricos seguros, es decir, las narraciones cuya interpretación histórica sea

excesivamente artificiosa, sino también todas las narraciones cuya interpretación literal implicase ideas indignas de Dios. Otra cosa hay que tener en cuenta todavía: Aun en los casos en que el autor sagrado nos transmite con sus propias palabras acontecimientos históricos, se sirve de formas y estilos empleados en su tiempo y dentro de su pueblo, tal como hoy se sigue narrando en el Oriente y aun en China y el Japón. Tampoco aquí la misión del Espíritu Santo consiste en asegurar la precisión y exactitud históricas de acuerdo con lo que hoy exigimos del historiador en el Occidente. El Espíritu deja al autor que narre tal como se suele narrar, pero de tal modo que aparece con toda claridad el conocimiento religioso que ha de ser evidenciado por la totalidad del suceso histórico... Si de esta manera el autor neotestamentario conserva la libertad de escoger, ordenar y acentuar las cosas en correspondencia con su finalidad y misión, el Espíritu Santo permite que el autor del AT desarrolle de un modo todavía más libre sus capacidades narrativas, puesto que no pretende escribir historia propiamente tal, sino que se sirve de una figura o de un suceso histórico para tejer en torno a ellos una narración ético-religiosa o verdadera poesía. Por ejemplo, el *Libro de la Sabiduría* es una obra didáctica, inspirada, de la época tardía del judaísmo, que pone en boca de Salomón las palabras de sus enseñanzas. El libro de Job es un diálogo filosófico-religioso que surge en torno a la figura histórica de un justo de tiempos antiguos y terminado por Dios autoritativamente en la poesía inspirada.

Pero podrá decir alguno: Entonces, al leer la Sagrada Escritura nadie puede saber qué es y no es verdad, cuáles de sus narraciones son o no son históricamente verdaderas. Nosotros contestamos: Así es, en efecto; pero no es la verdad histórica lo que importa. Por lo que se refiere al contenido religioso del libro de Tobías importa poco que se trate de una novela religiosa o de una narración histórica. Nosotros tenemos que tomar la Sagrada Escritura tal como ha sido escrita y de acuerdo con lo que el Espíritu Santo ha intentado con ella: no es un manual histórico moderno, no es ni siquiera una obra teológica de consulta; es un libro vivo, cuyo contenido tiende siempre a excitar e inspirar vida religiosa, aun en los casos en que trata de historia profana. Todos los libros de la Sagrada Escritura, comenzando por los libros de Moisés hasta los libros de los Reyes, en especial, ponen suficientemente de manifiesto esta tendencia, tanto si tenemos en cuenta la selección de temas como el modo de expresión.

Las enseñanzas dogmáticas de la Iglesia relativas a la infalibilidad de la Sagrada Escritura, de acuerdo con las cuales los historiadores sagrados *sine ullo errore* (sin error alguno) escriben la verdad tanto en lo que concierne a asuntos religiosos como profanos, deben ser, pues, entendidas debidamente. En todos los casos en que el escritor declara expresamente o insinúa con su modo de expresarse que el estado de cosas es éste o el otro y que debe ser entendido de esta o aquella manera, en tales casos el Espíritu Santo mantiene libre de todo error la respectiva afirmación positiva. En tales casos se nos narran hechos históricos verdaderos. El determinar dónde y cuándo sucede esto es una misión reservada a la exégesis científica. En última instancia sólo puede decidirlo el Magisterio eclesástico." Véase el § 13, sobre todo también la Encíclica *Divino afflante Spiritu* (30-9-43), de Pío XII. Cfr. D. 2292/4; NR. 126a-126c.

Debemos destacar aquí que también la forma de expresión se halla

bajo la influencia normativa de la inspiración del Espíritu Santo y que los libros de la Sagrada Escritura presentan raras veces enseñanzas religiosas abstractas, sino que tienen casi siempre como punto de partida una situación histórica determinada.

4. En el transcurso de la historia han surgido varias interpretaciones de la narración del *Génesis*, de acuerdo con los principios que acabamos de exponer, en gran parte superadas ya por la Teología moderna. Especialmente cabría nombrar tres *teorías principales*: la interpretación literal, la teoría de los períodos y la interpretación idealista.

a) Para solucionar las dificultades de tipo científico, la *interpretación literal* afirma que las capas geológicas se han formado a consecuencia de diversos aluviones y otras catástrofes, especialmente el diluvio bíblico (teoría diluvialista), o que son restos de una creación anterior (teoría restauracionista). *Gen.* 1, 2 habla de un mundo que ya ha desaparecido, describiéndose su restauración en los versos siguientes. Contra la primera tentativa de explicación se puede objetar que las capas geológicas son profundísimas, así como el hecho de que en las más profundas no se encuentra huella alguna del hombre. Sobre todo se puede oponer a ella la narración relativa al cuarto día (creación del sol, de la luna y las estrellas). Contra la segunda tentativa de explicación se puede objetar también que está en oposición con las realidades geológicas y además el hecho de que intercala arbitrariamente una total creación del mundo entre los versos primero y segundo del cap. 1.º del *Génesis*.

b) La *teoría de los períodos* afirma que los días del *Génesis* son largos períodos y trata, en muchos casos, de establecer una armonía entre ellos y los geológicos. Contra la primera parte de la teoría se opone el hecho de que la palabra bíblica "Yom" no se puede interpretar en el sentido de período ("mañana" y "tarde"; véase especialmente *Gen.* 1, 4 y sig.). Contra la segunda parte de la teoría puede afirmarse que las capas geológicas no corresponden de ningún modo a los seis días y que la Geología no conoce hecho alguno que pueda justificar la afirmación de que existen seis capas.

c) La *teoría idealista* enseña que la narración bíblica no implica un orden temporal, sino un orden lógico. El escritor sagrado destaca seis momentos lógicos en la obra de la creación, presentándolos bajo la imagen de una obra de seis días. La narración bíblica no dirá sobre el hecho si Dios ha creado el mundo en un instante, o en algunos días, o durante largos períodos. Diversos representantes y formas de esta teoría afirman que la narración bíblica es una alegoría o un revestimiento poético, o que la historia de la creación pretende consagrar cada uno de los días de la semana a una correspondiente obra de la creación, destacando la importancia del descanso sabático (teoría liturgicista), o que el hagiógrafo se sirve de narraciones populares para destacar con toda claridad y de una manera concreta que Dios es el creador y que es necesario santificar el sábado (Lagrange), o que la historia de la creación reproduce las visiones mediante las cuales Dios habría revelado a Adán el hecho de la creación, o que la narración bíblica reproduce antiguos mitos orientales (Gunkel). En la época de los Santos Padres representan teorías idealistas San Clemente de Alejandría, Orígenes, San Atanasio y, especialmente, San Agustín.

Exceptuando las ideas defendidas por Gunkel, todas las otras formas de teorías idealistas no han sido condenadas por la Iglesia, exigiendo ésta solamente que en general se debe reconocer el carácter histórico de *Gen.* 1-3, admitiendo, sobre todo, que el mundo ha sido creado por Dios en el comienzo del tiempo y, además, especialmente la creación del hombre, la formación de la mujer, la unidad del género humano, la felicidad original de los primeros hombres en el estado de justicia, integridad e inmortalidad, el precepto impuesto por Dios al hombre para probar su obediencia, la transgresión de este concepto bajo la influencia del diablo, la consiguiente pérdida del estado de inocencia original y la promesa del Salvador: *Decisión de la Comisión Bíblica, 9 de junio de 1909* (D. 212 y sigs.).

La doctrina eclesiástica no condena la teoría de que un mito ha podido ser el cuerpo lingüístico de la revelación divina transmitida por la Biblia. El escritor sagrado, inspirado por el Espíritu Santo, ha podido servirse de un mito para revestir, es decir, encarnar la Revelación, lo mismo que el apóstol San Juan, que vivía en el mundo del helenismo, se sirve de la expresión Logos y de categorías gnósticas para hablar del Hijo de Dios. El contenido proviene de Dios. Pero Dios se vale de las formas humanas de expresión.

5. Por no haberse establecido una distinción entre forma de expresión y contenido surgieron complicaciones superfluas en el *caso de Galileo*. Mientras que al principio las doctrinas de Galileo fueron admitidas con entusiasmo por círculos eclesiásticos (aun por el Papa Pablo V), más tarde la Congregación de la Inquisición (predecesora del Santo Oficio) prescribió en el año 1616 que las teorías relativas a la quietud del sol y movimiento de la tierra no se podían ni mantener, ni enseñar, ni defender, por estar en oposición con la Sagrada Escritura. Las demás medidas adoptadas quedaron limitadas a la prohibición de algunos libros, asunto que la Congregación de la Inquisición dejó en manos de la Congregación del Índice. Además de tres libros nombrados expresamente—ninguno de ellos era de Galileo—fueron prohibidos todos los libros que defendiesen el sistema copernicano. Al principio no fué condenado ningún libro de Galileo, ni aun siquiera su libro *Sobre las manchas del sol*. No obstante, en el año 1633 los jueces de la Inquisición prohibieron el *Dialogo sopra i due massimi sistemi*, publicado un año antes, declarando, además, que Galileo se había hecho sospechoso de herejía, puesto que parece haber defendido la enseñanza falsa y opuesta a la Escritura, según la cual la tierra se mueve y el sol permanece siempre inmóvil y es el centro del mundo, enseñando además que se puede mantener y defender como probable una opinión que ha sido definida como opuesta a la Sagrada Escritura. L. v. Pastor (*Geschichte der Päpste seit dem Ausgang des Mittelalters*, XIII, 1929, págs. 629 y sig.) escribe sobre este caso: “Lo triste en el caso de Galileo es que el desacuerdo de los representantes de la Iglesia se cometió en nombre de la religión. Mezclado con fábulas y exageraciones, este caso ha presentado una ocasión, a través de los siglos, a todos los enemigos de la Iglesia para despreciarla y combatirla. Pero dondequiera que intervenga el hombre ocurrirán necesariamente desatinos, a no ser que Cristo instituya un tribunal dotado de infalibilidad, lo cual no se puede afirmar ni siquiera del tribunal de la Inquisición, aun cuando sus decisiones hayan sido confirmadas por el Papa, siempre que éste no hable *ex cathedra*.”

Véase L. v. Pastor, *Geschichte der Päpste seit dem Ausgang des Mittelalters*, XII, 1927, 203-14; XIII, 1929, 616-30. Fr. Dessauer, *Weltfahrt der Erkenntnis. Leben und Werk Isaac Newtons*, 1945. Idem, *Der Fall Galilei und wir*, Lucerna, 1934. B. Jansen, S. J., *Der geschichtliche Verlauf der neuzeitlichen Naturauffassung von 1500-1800*, en "Scholastik" 16, 1941, 214-80. Idem, *Die Bedeutung der neuzeitlichen Naturauffassung bis Kant*, en "Scholastik" 16, 1941, 1-10. R. Guardini, *Welt und Person*, 1940. Ann. Maier, *An der Grenze von Scholastik und Naturwissenschaft. Studien zur Naturphilosophie des 14. Jahrhundert*, Essen, 1945 (véase P. Hoenen, en "Gregorianum" 28, 1947, 164-72). A. Müller, *Naturwissenschaft und Metaphysik*, en *Zeitschrift für deutsche Kulturphilosophie*, 1940, 40-62. K. Riezler, *Physics and Reality. Lectures of Aristote on Modern Physics on International Congress of Science*, Cambridge, 1940. E. Spiess, *Von der Physik zur Metaphysik. Max Planck: sein Weltbild und seine Weltanschauung*. "Divus Thomas" (Fr), 21, 1943, 423-50. P. Wyser, O. P., *Der Fall Galilei und wir Thomisten. Philosophie und Naturwissenschaft*, en "Divus Thomas" (Fr), 21, 1943, 412-22. Bavink, *Ergebnisse und Probleme der Naturwissenschaften*, 9.^a ed., Zurich, 1948. Al. Wenzl, *Naturwissenschaft und Christentum*, Munich, 1948. H. Conrad-Martius, *Naturwissenschaftlich-metaphysische Perspektiven*, Heidelberg, 1949.

Para juzgar con ecuanimidad sobre estas falsas y funestas decisiones, en las cuales se consideró como cuestión de fe un asunto meramente profano, conviene no olvidar nunca que la Iglesia, en todos los tiempos, está sometida a las debilidades e imperfecciones de todo lo humano (véase el tratado sobre la Iglesia) y que existe una evolución del conocimiento de la fe. Las medidas adoptadas contra Galileo contribuyeron a que se desarrollasen fuera de la Iglesia las ciencias naturales, que tan gran incremento han experimentado a partir de los comienzos de la Epoca Moderna. Pero no se debe exagerar la importancia negativa de esas medidas, ya que se puede dudar que la Humanidad hubiese evolucionado de otro modo de no haberse presentado el "caso Galileo". Desde los comienzos del Humanismo y Renacimiento ha ido apartándose cada vez más de la Iglesia, tanto más cuanto que los éxitos triunfales de las ciencias naturales parecían confirmar que la Humanidad puede erigir formas nobles de existencia sin la ayuda de la Iglesia.